

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8262

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 21 de Mayo de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez. Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente a media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

EDUCACIÓN.

III

Continuando los puntos sueltos y ligeras indicaciones que acerca de la educación expusimos en números anteriores, diremos hoy que si la educación privada ó del hogar doméstico deja mucho que desear y es en ocasiones deficiente, á veces errónea, y casi siempre rutinaria é ineficaz, la educación pública se desconoce en absoluto.

A la educación pública contribuyen, no solo el gobierno, sino todas las corporaciones, todas las sociedades, todos los particulares.

Se desatienden muchas cosas que parecen pequeñas, se toleran como insignificantes ciertos hechos menudos, se mira poco, se observa poco, se reflexiona poco, y, sin embargo, apenas hay palabra, apenas hay objeto, apenas hay acción que no influya más ó menos directamente en la educación de los ciudadanos.

Justo es manifestar que el libro y el periódico son elementos poderosos de educación popular.

Así es que los escritores, lo mismo de obras considerables que de estas hojas que llamamos periódicos, antes de escribir, deberían pensar que con lo que escriben contribuirán á la buena ó á la mala educación del pueblo.

Las doctrinas que se expongan, los pensamientos en que éstas se encarnen, las formas de que se revistan, influirán en la inteligencia, en el corazón, en la voluntad de los lectores.

El que ama, pues, á su patria, el que tenga conciencia, el que sea honrado, no escribirá nunca el error, á sabiendas, no embellecerá lo inmoral, no defenderá lo injusto, no injuriará á las personas, no se burlará de los sentimientos ajenos.

Y hay muchos modos de hacer todo eso; unos directos, otros indirectos. En la prensa, periódica, la noticia falsa, cuando puede perjudicar en cualquier sentido, la revista de ciertos actos, el encumbramiento de las nulidades, la censura no razonada, el ataque á lo que merece respeto, y otras cosas por el estilo, son otros tantos medios de corrupción para la sociedad con que esa prensa se alimenta.

También es inútil manifestar lo que las diversiones públicas contribuyen para la educación de un pueblo.

Las plazas de toros, en que se fomentan los instintos sanguinarios, el vicio, el mal lenguaje y la desvergüenza; esos teatros en que se representan obras de flamenquería ó de cosa peor, sucias, corrosivas, sin lenguaje, sin arte, sin argumento y sin sentido común; esos espectáculos exóticos de carreras de caballos y otras carreras tontas, inútiles, costosas, vanas; esos bailes de todo género, en locales buenos ó malos, con libertad para todo y sin moderación para nada, y otros muchos elementos de placer de los que se usan, por desgracia, en esta época tan ufana de su cultura, son igualmente educadores públicos, educadores de las masas y de las que no se llaman masas, y educadores que, en vez de dirigir al bien, dirigen al mal, en vez de crear hombres serios, trabajadores y formales, crean hombres viciosos, ignorantes y miserables; en vez de formar una sociedad civilizada de veras, forman una sociedad blanca y charrolada por fuera y llena de podredumbre por dentro, como los sepulcros de la Escritura.

Nuestras conversaciones, nuestras costumbres, nuestras maneras, todo lo que el público ve en nosotros, todo contribuye á la educación del público.

La policía de una población, el aspecto de sus casas, el ornato, hasta sus rótulos contribuyen también á la educación popular.

Lo que no educa al entendimiento, educa á la sensibilidad; lo que no educa á la sensibilidad tampoco educa á la voluntad. Por los sentidos, por la imaginación y por el espíritu entero recibimos constantemente impresiones que van poco á poco, formando ó modificando nuestro carácter, alterando nuestra manera de pensar, cambiando acaso radicalmente nuestra manera de ser.

Por esa razón, todos los ciudadanos, y sobre todo los ciudadanos instruidos y cultos, tienen la obligación estrecha de observar una conducta irreprochable, una conducta que pueda servir para los demás como ejemplo digno de imitación.

Y así como todo padre se priva de ejecutar ciertos actos delante de sus hijos, porque sus hijos no vean aquello que su padre no quiere que hagan, así también el ciudadano no debe ejecutar nunca delante de sus semejantes aquello que no quería que sus semejantes hicieran.

Trabajar cada uno en la educación de sí mismo, es, por consiguiente, trabajar en la educación pública; corregir el propio defecto, es tal vez corregir el defecto de muchos, ser, en fin, un buen hombre, es contribuir á la formación de una buena sociedad.

Porque es conveniente que lo repitamos; aquí no hay educación, ni particular ni pública. Cuatro palabras de cumplimento, manera de presentarse en un salón, cierta idea de dignidad, ciertos disparates sobre el honor, alguna tolerancia en el trato, extremada galantería para las mujeres, y mucha visita, y muchos vestidos y muchas preensiones, eso no es educación, eso no es nada.

El trabajo, la honradez de dentro y de fuera, los sentimientos generosos, la instrucción, la conducta muy derecha, el co-

nocimiento de sí mismo; por ahí, por ahí anda la verdadera educación, es decir, un poquito lejos del camino por donde nosotros andamos.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número del viernes.

RECUADRO.

Charada.

De cuatro sílabas consta el todo de esta charada con el cual se nombra al hombre que de ese modo se llama. La primera es una letra y la dos, tercera y cuarta, cada cual por separado otras letras nos señalan. Uno que llevó este nombre y en el mundo dejó fama, tuvo, según aseguran, familia muy dilatada. Conque, lector, obedece, aguja tu ingenio y halla en este instante preciso el todo de mi charada.

EL COLLAR DE DIAMANTES.

(DE GUY DE MAUPASSANT.)

Era una encantadora joven nacida, por un error del destino, en una familia de empleados.

No tenía dote ni esperanzas de ser amada ni casarse con un hombre rico y distinguido; y se dejó casar con un empleado del ministerio de Instrucción pública.

Fue sencilla no pudiendo ir compuesta, pero desgraciadamente como si estuviera fuera de su centro; porque las mujeres no tienen casta ni raza; su belleza, su gracia y su encanto las sirve de nacimiento y de familia.

Su figura nativa, sus instintos elegantes, su ductilidad de espíritu, son las únicas gerarquías, y hacen las hijas del pueblo iguales á las más altas damas.

Sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los tujos, sufría con la pobreza de su casa, la desnudez de las paredes, lo gastado de los asientos, la fealdad de las telas; todas esas cosas, de las que otra mujer de su clase no se daría cuenta, la atormentaban.

Pensaba en los grandes salones cubiertos de seda antigua, en los muebles preciosos cargados de bibelots de gran precio, y en los gabinetes coquetones, perfumados, hechos para la tertulia íntima de los hombres conocidos y de cuya atención desean todas las mujeres.

Cuando se sentaba para comer, á la mesa cubierta con un mantel de blancura dudosa delante de su marido que descubriendo la sopera con aire contento decía:—¡Ah! qué bueno es el pucherol! yo no sé que haya nada mejor que esto....—ella pensaba en las comidas finas, con la plata reluciente, pensaba en los platos exquisitos servidos en ricas vajillas, en las galanterías dichas al oído y escuchadas con unas sonrisas de esfinge, mientras se come la carne rosada de una trucha ó las alas de un faisán.

No tenía trajes ni alhajas, y le gustaba todo eso; se sentía vacía para agarrar, para ser envidiada.

Tenía una amiga rica, una compañera del convento á quien no quería ir á ver por lo mucho que sufría á la vuelta; y lloraba los

días enteros, de pena, de sentimiento, de desesperación.

Un día, su marido entró con aire satisfecho y teniendo en la mano un sobre grande.

—Toma—la dijo—es para tí. Ella rompió el sobre y sacó una tarjeta que decía:

«El ministro de instrucción pública y madame Georgina Ramponneau ruegan á monsieur y madame Loiset les hagan el honor de venir á pasar la noche al hotel del ministerio el lunes 18 de Enero.»

En lugar de alegrarse, como esperaba su marido, tiró desechada la invitación sobre la mesa y dijo:

—¿Qué quieres tú que yo haga con esto? —Pues, querida, yo pensé que te pondrías muy contenta. ¡Tú no sales nunca, y esta es una ocasión y muy buena! Me ha costado un trabajo atroz el conseguirla; todos las quieren; son muy buscadas y no se han dado á muchos empleados. Ah! verás á todo el mundo oficial.

Ella lo miró friamente y dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres tú que yo me ponga para ir á ese baile?

El, que no había pensado en aquello, balbuceó:

—Pues... el traje que llevas cuando vamos al teatro; á mí me parece muy bien—pero se calló estupefacto, trastornado, al ver que su mujer lloraba.

—¿Qué tienes? ¿qué tienes?—la dijo. Por un esfuerzo de su voluntad ella reprimió su pena y dijo con calma enjugando sus ojos húmedos:

—Nada; sólo que como no tengo traje no puedo ir á esa fiesta; dame la tarjeta á algún amigo cuya mujer esté mejor equipada que yo.

El estaba desolado y dijo:

—Dime, Matilde, cuánto costará un traje conveniente que pueda servirte para otras ocasiones y que sea muy sencillo?

Ella pensó un rato y luego le dijo:

—Yo creo que con cuatrocientos francos podré arreglarme.

El palideció un poco, porque tenía ahorrada aquella cantidad con el fin de comprarse una escopeta, una escopeta de caza, único placer que se permitía en toda su vida de empleado.

—Bueno; te dare los cuatrocientos francos, pero trata de comprar un buen vestido.

El día de la fiesta se acercaba, y Mme. Loiset parecía triste, ansiosa, inquieta, á pesar de que su traje estaba dispuesto. Su marido le dijo una palabra:

—¿Qué tienes? Estás preocupada hace unos días.

Ella respondió:

—Me fastidia no tener ni una alhaja, ni una piedra, nada que ponerme. Iré como una pobretona y mejor querría no ir á esa soirée.

El dijo:

—Ponte flores naturales. Por diez francos puedes comprar dos ó tres rolas magníficas.

Ella movió la cabeza y dijo:

—No, no hay nada más humillante que andar al aire de pobre en medio de mujeres ricas.

—Pues ves á ver á tu amiga Mme. Forestier y dile si quiere prestarte alguna alhaja; creo que tienes bastante confianza para pedirle eso.

Ella dió un grito de alegría.